HOC·EST
ENIM
CORPVS
MEVM

Dios nos quiso

José María Javierre, uno de los más asiduos colaboradores de nuestro boletín —¿os acordáis de cómo empezó en Roma el Colegio Español de San José? (boletín de julio de 1960), ¿de Carlos, aquel diácono de la diócesis de Münster? (noviembre de 1960), ¿de Cornelio, con su pez y su noche en las catacumbas? (marzo de 1961)— nos cuenta hoy el origen de su vocación. Afortunadamente esta vez el padre no juega el papel de «malo».

Quienes — tantos — comercian inicuamente con los tópicos de las grandezas de España no sospechan qué amargura y qué ternura van encerradas en la ira de nuestra repulsa. Yo he visto en mi niñez la historia de España encarnada en un hombre, mi padre. Fue caballero en vida y héroe en la muerte. Él creía, fue consecuente como lo son los hombres honrados del pueblo, y a su lado creíamos su mujer y sus hijos, yo creía ferozmente, sin fisuras. Cuando él murió, su mujer y sus hijos estábamos dispuestos a la muerte, como nos quería él, que destrozado por un morterazo dijo a mi hermano mayor, rapaz de catorce años: "Hijo, yo muero por Dios y por España, continúa tú." Apearme de esta actitud heroica en los años largos de ramplonería cívica que me ha tocado vivir supone mucha tristeza y algún escepticismo.

Mi padre nació de familia de campesinos al pie del Pirineo. De mozo sirvió en África. Al volver ingresó guardia civil. A mí me divierten los poemas de Lorca y escucho sonriente las bromas sobre "los civiles", pero por dentro pienso lo que yo me sé. Mi padre fue guardia civil con la misma postura con que hubiera sido virrey del Perú. Era inteligente, serio y honesto. Concienzudo. Le hicieron cabo, previo un examen que para el mozo del valle del Rodellar debió de ser una divisoria en su existencia. El cabo de la guardia civil en un pueblo no es cabo, es el "comandante del puesto". Qué sabiduría va encerrada en ese empaque. Mi padre regía la casa cuartel como un capitán su barco. En mi familia los chaveas sorbíamos con fruición y respeto las viejas historias. Supimos que nuestra patria era hermosa y antigua. Entonces yo entendía — y cómo lo gozaba, Dios mío — esas cosas del catolicismo español, que luego me han resultado tan difíciles, entendía y gozaba el heroísmo de Viriato, los romances de la Reconquista, la aventura de navegar a las Indias. Había objetos sagrados en mi casa, por ejemplo el retrato del Duque de Ahumada, fundador de la Guardia Civil, y el rosario. Mi madre..., bueno, de mi madre no cuento nada porque es la historia de una santa que pasó de puntillas.

Mi padre era un orgullo verlo tan alto, tan fuerte, y creo que toda la gente de aquel pueblo le consideraba guardián del orden y de la paz. Eran tiempos revueltos que en la intimidad de la casa cuartel se traducían con palabras preñadas de temor: Los guardias marchaban "concentrados" o tendrían que acuartelarse. Uno de los recuerdos más lejanos que conservo es el del camión en que se llevaron a los civiles cuando Galán y García Hernández bajaban de Jaca en dirección a Zaragoza. Pero nada podría ocurrir mientras mi padre estuviera plantado como una torre a cuyo alrededor jugábamos sus hijos luminosamente dichosos. Algunas tardes de verano aceptaba jugar con nosotros, y ya entonces no podíamos desear nada más bello,

mucho

José M.ª Javierre

veréis. Era tirador de primera, con fama en los contornos. Yo le vi preciosas hazañas, cuando a siete pasos le arrojaban una moneda al aire y él la volteaba de un pistoletazo. Y le vi dibujar con cinco disparos — derecha, izquierda, arriba, abajo, en el centro — una estrella en la moneda dispuesta a treinta pasos. Nunca estuve más cerca de la gloria, tal era mi contento, supongo que lo mismo habrá ocurrido a mis hermanos. Corríamos al marro en la plaza o hundíamos a pedradas barcos de junco en la fuente, pero nada podía compararse a cuando mi padre nos llamaba para irnos con él. Paseábamos hasta el río y buscábamos el recodo en que está la presa de un molino viejo. Los chavales nos zambullíamos en el agua cincuenta metros más abajo. Mi padre, sentado al lado de la presa, espiaba pistola en mano el salto de los peces y de vez en cuando disparaba. No fallaba uno, nosotros sabíamos que pescaríamos en seguida el pez caído que bajaba tembloroso aún, como una hoja de plata sacudida del árbol. Con los peces enristrados por las agallas en un mimbre, buscábamos el prado donde nuestra madre y nuestra hermana mayor tenían preparada la "merienda-cena". Tonto de mí, y yo anhelaba crecer y hacerme hombre, para ser marino, almirante, y arquitecto, ingeniero, ministro, ciclista, tonto de mí. Ascendió mi padre, anunciaron que tendríamos que ir a Irún o no sé que pueblos importantes.

●

Pero vino la guerra. "El honor ha de ser la divisa del guardia civil", estaba escrito con letras de pez negra en el muro blanco del patio del cuartel. Aquella consigna del Duque de Ahumada nos obligaba a todos, claro, a mi padre y a sus hijos. El privilegio de escoltar a mi padre estaba reservado a Antonio, mi hermano mayor. Era un chico perfecto, yo no sé si Andrés y yo le tuvimos envidia, me parece que no; le queríamos con toda el alma, le admirábamos, reconocíamos su categoría y le rendíamos vasallaje. Mi padre se miraba en él. Gracias a los misterios de la austeridad familiar nos habían mandado a los tres un par de años antes de la guerra a comenzar estudios en la ciudad. Antonio se colocó limpiamente a la cabeza de los mejores del colegio. Además de inteligente y bueno, era simpático y jugaba al fútbol con puntería impresionante. Mi vocación, estoy seguro, fue enganchada a la suya. Los salesianos del colegio, ¡cómo me alegra recordar lo orgulloso que me sentí aquella mañana!, le propusieron "servir a Dios" yéndose fraile. "Servir a Dios — respondió Antonio, todo serio, todo consciente —, sí, padre, pero con las armas." Antonio quería ser militar. Cuando en la vertiente del pueblo que da cara a la carretera de Cataluña dispuso mi padre los parapetos con un puñado de guardias y algunos paisanos "para detener la columna que venía hacia Huesca", Antonio anduvo todo el día a su lado como un trompetilla. A los demás nos encerraron en el sótano de la iglesia. Yo me escabullí y me tendí largo en un balcón del cuartel: llevaba una cuartilla y un lápiz y quería anotarme lo que iba a ocurrir. Pasó mi padre y me gritó "mocoso"; me llevaron al sótano. Antonio, junto a mi padre, hizo como que no había visto; se lo agradecí. Él tenía catorce años, yo once.

●

Lo que pasó luego sería largo de contar. Para mí vale tanto como la historia del Cid. Mi padre fue un valiente, un héroe. Algún día tendré que escribirlo, porque Antonio se portó como un jabato, cumplió su vocación

militar. Cuando llegó el morterazo fatal — llevaban cuatro días luchando casa por casa, y de acera a acera —, mi padre y Antonio estaban codo con codo con sus fusiles en la misma aspillera. Mi padre cayó destrozado a los pies de Antonio: "Hijo mío, yo muero por Dios y por España, continúa tú." Antonio salió corriendo y volvió a la casuca con mi madre y el cura del pueblo que estaban en el refugio de la iglesia. Murió mi padre en pocos minutos. Antonio cogió su fusil. Tuvieron que retirarle, a la fuerza, de los parapetos. Mi padre fue enterrado en el suelo de la iglesia. Cuando las tropas comunistas tomaron el pueblo, desenterraron el cadáver, lo quemaron, arrojaron sus cenizas al viento. No sabéis qué amargo es andar por el mundo sin que en ninguna parte estén guardados los huesos de tu padre.

Celebré mi primera misa. Muerto mi padre, Antonio quiso ir voluntario al frente. Mi madre no le dejó. Acabada la guerra, estudiábamos bachillerato en la ciudad. No sé qué milagro haría aquella santa mujer con las trescientas cincuenta pesetas mensuales de su pensión para darnos de comer a sus hijos y comprar los libros. Otra vez éramos felices, de otra manera, y nuestra casa estaba santificada por la sombra de mi padre. Antonio maduraba de prisa, yo también. Lo que pasa en el alma sólo Dios lo sabe. Un día Antonio dijo que ya no quería ser militar, que sería sacerdote. Fue cosa de mi padre, estoy seguro. Se fue. Yo seguí con mi bachiller. Y luego dije que también me iría sacerdote. Me tomaron a broma, porque al parecer fui crío revoltoso si los hay. Tuve que examinarme de ingreso en el seminario sin que lo supieran en casa. Volví diciendo que ya estaba, y que el día veinte... El beso de mi madre, ¡si supiérais cómo era santa aquella mujercita!

Cuando llegó la hora de mi primera misa, pregunté a mi madre si le importaba que fuéramos a decirla en la iglesia donde estuvo enterrado mi padre. Me dijo que no le importaba, que le gustaría. Vino Antonio de lejos, y María ya casada con Vicente, y Andrés que acababa su carrera. La tarde anterior la pasé a orillas del río, viendo brincar los peces. Le prometí a mi padre, por bromear, que al día siguiente no lloraría en la misa, que la diría sereno como él nos quiso siempre, y que ya estaba preparado porque con mi madre ahí, y los demás, y en aquella iglesia donde tomé la primera comunión y le habían enterrado a él, era seguro emocionarse, y que por eso con saberlo trataría de contenerme y estar sensato. Ni pensarlo. Sólo hice ponerme al pie del altar y ya un golpe de ternura me cegó. Dios nos quiso mucho, a mi padre, a mi madre, "porque obró en nosotros su misericordia".

Por qué me hice sacerdote. Colección «Hinnení», vol. 3, págs. 327-334. Ediciones Sígueme

BOLETIN
DE LA OBRA DE LAS
VOCACIONES SACERDOTALES

Julio-setiembre de 1961, n.º 154

CENTRO DIOCESANO - DIPUTACIÓN, 231
B A R C E L O N A - 7

ALTÉS, S. L. - DEP. LEGAL B. 3023 - 1958